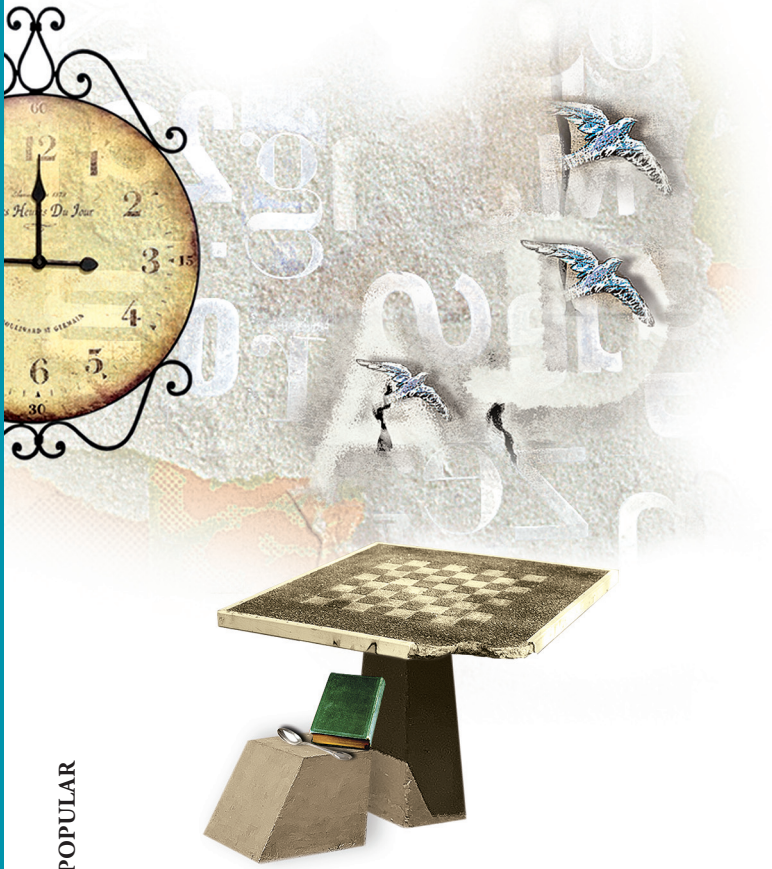
Los libros como trinchera

La última LECTORA



POPULAR

Raquel Robles

COLECCIÓN POPULAR

798

LA ÚLTIMA LECTORA

RAQUEL ROBLES

LA ÚLTIMA LECTORA

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2020

Robles, Raquel
La última lectora / Raquel Robles. — México : FCE, 2020
125 p. ; 17 × 11 cm — (Colec. Popular ; 798)
ISBN 978-607-16-6891-2

1. Narrativa 2. Literatura argentina — Siglo XXI I. Ser. II. t.

LC PQ7798 Dewey Ar863 R632u

Distribución mundial en español

D. R. © 2020, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14378 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-6891-2

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Entonces comprendí lo que ya sabía: lo que podemos imaginar siempre existe, en otra escala, en otro tiempo, nítido y lejano, igual que en un sueño.

RICARDO PIGLIA,
El último lector

ÍNDICE

I 11

II 45

III 113

Agradecimientos 125

I

> Fuimos abrazados a la angustia de un presagio
> por la noche de un camino sin salidas,
> pálidos despojos de un naufragio
> sacudidos por las olas del amor y de la vida.
>
> HOMERO MANZI

LA MUJER sale a la calle. Ha traspuesto la puerta como si de adentro la hubieran empujado. Es de noche. ¿Qué hora es? El tiempo se ha convertido en un ahogo. Sale a la calle. Ha estado conteniendo la respiración desde la mañana. El aire está lleno de la humedad que preanuncia el verano. Por un momento, el día se vacía de su memoria y no ha pasado nada.

No es nadie y no ha pasado nada. Es sólo una mujer que tal vez se ha vuelto loca. Tal vez, incluso, es una mujer que no ha perdido la memoria sino que nunca ha vivido nada memorable. Se deja caer en el cordón de la vereda. Hubiera jurado que la calle era de adoquines. Quizá porque una vez vio a una señora a la que se le rompía el taco del zapato. No corría ni se había doblado el tobillo. Simplemente el tacón se le separó de la suela y entonces su mente enderezó el absurdo imaginando una calle con adoquines, llena de junturas donde un taco puede quedarse enganchado y romperse.

No quiere cerrar los ojos. Siente que la amnesia está cediendo. Su cuerpo se tensa. No quiere habitar su vida, no quiere saber su nombre ni su ocupación, ni qué es la

mole que ocupa una manzana que está a sus espaldas. Tampoco quiere reconocer la voz que la llama desde la puerta.

De cuántas maneras distintas puede sonar un nombre. Hace apenas unas horas —aunque qué es una hora, qué medida es un día, cuánto dura un minuto—, esa voz la nombraba en susurros y era como una cinta de seda que la envolvía deslizándose desde el caracol de su oreja hasta los pies que siempre le han dado tanta vergüenza. Él la llama otra vez. Una voz con las rodillas peladas. Es una palabra que lo mismo podría ser su nombre o una carta en la que él expone las razones por las cuales debería darse vuelta, mirarlo a los ojos, reconocerlo, dejarse consolar y envolverse en la promesa de un sufrimiento protegido por el amor. Pero ella no se vuelve.

Se pone de pie y abraza la cartera que recién ahora se da cuenta de que ha traído. Mira los edificios de monoblocks de enfrente. Cuenta. Veinticinco ventanas iluminadas. En veinticinco casas la vida sigue como si no hubiera pasado nada. En el resto, madres, padres, niños, amantes, hombres solos, mujeres tristes o alegres, duermen sin el peso de ninguna preocupación. A treinta metros ha muerto un niño de quince años y nadie se siente responsable. No se dan cuenta. El día ha terminado. Un domingo cualquiera se lleva sus aburrimientos y sus oportunidades y nadie ha percibido ningún cambio. La tierra se ha partido, una fosa inmensa ha roto el tiempo para siempre y la raza humana duerme o demora el descanso, inmutable. Pero a partir de ahora vamos a empezar a contar desde cero. Salgo un momento. Vuelvo enseguida, le dice a esa voz que le toca la espalda y la violenta en su entrega, en su credulidad, en su esperanza. Él tampoco se ha enterado todavía de que los muertos matan.

La mujer camina con paso firme. No sabe adónde va pero no vacila. Talón, punta, talón, punta. La cartera acurrucada en su pecho como un niño con frío. La calle baja hacia una avenida. Las casas se yerguen a cada lado. El silencio termina allá abajo. Los colectivos y los autos se engolosinan con la onda verde. Le molesta tener que saltar cada vez que termina una cuadra. Preferiría que fuera un camino sin tantas imperfecciones. Todo derecho. No detenerse.

Las veredas cambian de color y de forma. La mujer camina tan rápido que los colores se mezclan. Los baldosones lisos, las baldosas cuadradas, amarillas con sus listones redondeados, los pedazos de cemento. Todos pasan corriendo bajo los pies de la mujer. En algunas casas se enciende una luz automática cuando ella pasa por el frente. En otras se oyen todavía rezagos de la cena. Televisiones, hilachas de palabras, perros en los patios.

Se le ocurre pensar qué pasaría si caminara todo derecho hasta que se terminara el mundo. Volvería al mismo punto, pero pasarían años. ¿Quién se quedaría con la Dirección? En la última reunión de equipo alguien había hecho la pregunta. Nunca hasta ese momento habían pensado en eso. Pero mientras hacían un alto en las discusiones sobre cómo seguir y se repartían el pan y la comida, alguien había dicho en voz alta: ¿vas a reinar para siempre?

En la avenida la detiene el semáforo. No puede esperar. Mira hacia un lado, hacia el otro, y en el breve resquicio que le deja el flujo del tránsito, corre como si cruzar al otro lado pudiera salvarle la vida. Las bocinas le golpean el cuerpo.

No se ha encontrado con nadie en todo el camino. Tal vez sea muy tarde. Si esta noche no duerme, y dormir

es todos los animales del bosque babeando a la espera de romperle la carne a mordiscones, ésta será la tercera noche en vela. La primera estuvo despierta anticipando y rechazando la segunda; la segunda enamorándose y esta noche habrá que caminar hasta gastarla.

¿Vas a reinar para siempre? La mujer piensa que tal vez hubiera debido reírse, pero siempre está tan seria, tan augusta, tan digna. Las miradas atentas o curiosas, incluso algunos ceños preocupados, le hicieron ver que era una pregunta importante, incluso un tema que seguramente habían hablado entre ellos muchas veces. Acá no hay reyes ni siervos. En todo caso somos todos soldados. Esta guerra no es para tibios. El enemigo ataca con armas que no hacen estruendo. La desidia, por ejemplo. El desinterés, la negligencia. Estaban reunidos en la cocina. La mujer había hecho preparar una comida especial ese día. La reunión iba a ser larga y tal vez difícil. Habían empezado cuando caía la tarde y ya los chicos estaban durmiendo en sus habitaciones. La mujer incluso había consentido en que compraran una botella de vino. Hagamos un brindis. Por todos los que piensan que están preparados para conducir este barco. Gracias a ellos yo voy a poder retirarme a gobernar el patio de mi casa y mi escritorio.

Un perro sale de la nada y amenaza con morderle un tobillo, pero se aleja como si se hubiera confundido. Qué lástima. Un regusto ácido le sube por la boca. La memoria es el Gólem. Con ojos muertos, sin hablar más que por boca de otros, repitiendo mecánicamente lo que ha visto, sin comprender apenas por qué en este momento y no en otro, por qué hacer este gesto, por qué esconderse o exhibirse. Ojalá pudiera borrarle de la frente una letra y así matarlo de todas las muertes. Pero la memoria

es el Gólem. No comprende, es mudo y, sin embargo, no se calla.

Voy a andar todo el día descalza y me voy a dedicar a escribir. La mujer había intentado reírse, distender un silencio que se había vuelto demasiado espeso. Le pareció que el hombre podía ayudarla a salir de ese momento difícil. Lo había mirado y había creído ver en sus ojos un salvoconducto. Menos usted, usted también tiene que escribir, así que se viene conmigo. La mujer se toca las mejillas con las manos cruzadas sobre la cara, sin soltar la cartera, volviendo a sentir el rubor que la abrasa desde las costillas hasta los párpados.

Si al menos no lo hubiera tratado de usted, si no lo hubiera mirado de ese modo, si no hubiera intentado ocultar la vergüenza con una sonrisa desafiante. Tal vez sin ese primer pie el camino nunca se habría extendido ante ellos. Ahora estarían a salvo de querer salvarse. Pero no.

Él era el profesor de literatura y ella apenas escribía. ¿Por qué era la mujer quien corregía los domingos los textos que el hombre le mandaba? Ella no lo sabe. Del mismo modo en que acordaron sin palabras no tutearse, llamarse por el apellido y no hablar de esos intercambios epistolares en el trabajo, quedó establecido que ella oficiaría de maestra y él de aprendiz. Cambiar el orden y el código era cambiarlo todo.

La mujer había intentado salir de un terreno escarpado y se había metido en uno peor. Más oscuro, más peligroso. Tal vez fuera el vino, quizás que alguien había calentado el pan en el horno y ya no era el pan gomoso del mediodía, sino una masa esponjosa envuelta en una costra crocante que daban ganas a la vez de comérselo todo y de compartirlo. O también podía ser simplemente

que el esfuerzo que habían hecho todos durante ese tiempo los hacía verse hermosos. Por alguna de esas razones o por cualquier otra, la mujer sintió de pronto que los amaba. A cada uno por lo suyo, pero sobre todo al grupo, al equipo. Ojalá puedan quererse como yo los quiero a ellos. Ojalá que más que quererse los unos a los otros, todos amen lo mismo.

La tensión se había roto. El sonido de las conversaciones simultáneas, los chistes, las risas, los cubiertos rascando en los platos los restos de comida. La mujer se aturde en el silencio de la noche. De pronto se acuerda de su plato. Lo había dejado intacto antes de hablar. Cuando quiso volver a él para dar por cerrada esa conversación, lo había encontrado en manos de la Rubia. No era rubia la Rubia, pero le decían así porque venía de otro mundo. No sabían mucho de ella pero podía intuirse una familia con mucho dinero y casa en un barrio privado. Era poco querida, pero la mujer siempre la defendía. Acá no sobra nadie. Pero viéndola comer de su plato, sin reír, sin participar de las conversaciones, escuchando todo en un silencio reconcentrado, pensó que tal vez no les faltara razón para desconfiar de ella. Había sido la primera en besarla esa mañana. La había sostenido como si la mujer quisiera caerse, aunque nunca había estado más tiesa.

Una ligustrina espesa le raspa el costado. La mujer se sobresalta pero no se detiene. Adelante hay otra avenida, pero por ahí no pasa casi nadie. Un auto cada tanto. Un colectivo celeste de una línea que no conoce sin pasajeros en las ventanas. En el bulevar que la atraviesa hay un poco de pasto seco pero ningún árbol. El viento se ensaña con unas bolsas de plástico. Las veredas se vuelven anchas.

La noche no cede. En esa parte del mundo la oscuridad cae aplastándolo todo. Ya no hay luces o están rotas a pedradas. Una leve inquietud se cuela en su ánimo. Tal vez debería volver. La están esperando. Todavía hay mucho que hacer. La muerte también necesita trabajo. Recuperar el cuerpo, seguir buscando familiares, organizar el velatorio, consolar a los chicos, sostener a los adultos. Pero no puede darse vuelta. Una mano blanda pero invulnerable la empuja hacia adelante. Hacia la noche, hacia la oscuridad. Los dientes del lobo llenos de caries en una boca inundada por el deseo. Cómo negarse.

Las casas se amontonan atrás. A los lados ya no vive nadie. Escuelas o quizá fábricas o galpones o también cuarteles. Nada se opone al viento. El verano trae el frío en el que se ha estado incubando estos meses. La mujer tiene el pelo muy largo. Una aureola de lianas amarillas le golpea la cara de un lado, después del otro y después le dejan la cara limpia para enfrentar la oscuridad. Una y otra vez.

Parece una alucinación, pero adelante, en la vereda de enfrente, se ve un letrero luminoso. Lucecitas que dan vueltas alrededor de la palabra kiosco, como si se anunciara un espectáculo. La mujer siente la boca seca. Le parece que si la abriera para pedir algo se le caería un cuarto de arena. No le importa. Quiere algo. No sabe qué. A lo mejor sólo quiere comprobar que el mundo humano sigue en su cínica insistencia de pronunciar palabras triviales a pesar del cielo abierto en dos, de la tierra convulsionada, de las piedras partidas, de las tumbas desalojadas.

El kiosco es apenas una ventana con rejas y un timbre. Con una mano se aplasta el pelo y con la otra presiona el pezón blanco y duro, escuchando cómo adentro

suena una chicharra, un perro que le responde y una voz que se despabila. Ya va, ya va. Se abre una hoja de la ventana y se asoma una cara que no sabe de gestos de sorpresa. Qué va a llevar. Señora, qué va a llevar. ¿Le pasa algo, señora?

La mujer mira la caramelera. El precario circo romano de las golosinas. ¿Algo dulce? No. ¿Pañuelos? Hasta ahora no ha llorado y no quiere llorar. ¿Papas fritas? La sal le remite vagamente al desierto, pero no, tampoco. Cigarrillos. Quiero cigarrillos. ¿Qué marca, señora? Podría pedir los que conoce. Pero no. De repente sabe que quiere los cigarrillos que fuma el hombre. Marlboro Box. Y un encendedor.

¿Cuánto habrá sufrido el hombre las horas sin fumar? Porque ella sabe que él es un adicto grave. Lo ha visto fumar a las seis de la mañana cuando el trabajo los requirió temprano. Lo ha visto salir de una reunión delicada para irse a fumar un cigarrillo. Pero en la noche que acaban de compartir, después de una tarde larga de mate y cigarrillos, de conversaciones tensas, de lecturas regaladas el uno al otro, cuando finalmente se fueron a la cama, él no se separó de ella para fumar ni una sola vez.

La mujer busca en la cartera el dinero para pagar. No sabe cuánto salen los cigarrillos. Le da vergüenza que el señor se dé cuenta, así que le da un billete grande. ¿No tiene cambio, señora? La mujer niega con la cabeza y guarda los cigarrillos y el encendedor antes de que pueda arrepentirse. El kiosquero busca el cambio de mala gana. Ella lo toma sin mirar y lo tira adentro de la cartera. Vuelve a su caminata desaforada. Como si estuviera llegando irremediablemente tarde. Como si todavía pudiera llegar a tiempo donde ya llegó irremediablemente tarde.

La calle se angosta y de pronto se abre. Como si fuera un arroyo que desemboca en un pequeño oasis, una plaza triangular se le interpone. Por dónde seguir. La demora, la decisión pequeña que se vuelve acuciante. No sabe qué hacer. Se sienta. No hubiera querido, se da cuenta de que tenía la fantasía de caminar hasta desmayarse o limarse los pies o dar la vuelta al mundo. Hay cuatro mesas de ajedrez con el tablero muy gastado, pintado de marrón y amarillo. Apoya el codo donde hubieran estado la torre y su peón. Qué bien que compró cigarrillos. Saca el atado, apoya el encendedor sobre la mesa y empieza a tirar lentamente de la tirita para sacarle el plástico. Le abre la tapa y saca el papel plateado. Sólo el de adelante. La coreografía del fumador se baila sola. Como una oración aprendida de niños que se recita de memoria con sólo juntar las dos manos y alzar la cabeza al cielo. Hace quince años que no fuma. Lo dejó porque el médico le encontró los pulmones muy manchados y ella quería vivir. Quería vivir muchos años. Había tanto que hacer. Pone el atado boca abajo y le da dos golpecitos secos. Formando una pirámide perfecta se ofrecen los cigarrillos. Agarra el que está más afuera. Lo huele. Un perfume muy antiguo profana tumbas de recuerdos. Está a punto de encenderlo cuando siente la vibración del teléfono. Lo deja agotarse en la cartera. Ahora va a sonar el otro. La están buscando. Seguramente es él. El cigarrillo se convierte en hebras de tabaco y papel roto en el centro de su mano. Saca otro sin ceremonia. Lo enciende. Una danza de cuatro pasos. Aspirar, meter el humo lo más profundo que se pueda, tragar y exhalar. La brasa se anima y se aquieta casi sin pausa. No es como lo recuerda. No hay satisfacción, no hay asco, no hay nada. Igual lo fuma con paciencia. Encien-

de otro. Siente el ardor en el fondo del paladar. Un leve mareo le devuelve por un momento el cuerpo que había entregado a la inconsciencia. Si lograra dormir mañana sentiría la resaca en la nuca. Un despertar espeso, con sabor a tóxico. La garganta estaría tal vez llagada, un fuego quedo pero inextinguible. Las uñas de los dedos índice y mayor de la mano derecha ya tendrían un tono amarillento. En el vapor de su aliento crecerían los gusanos que nunca mueren. Pero no hay temor de que eso suceda. Dormir, descansar, reposar, tumbarse. Utopías que ni siquiera valen una prédica.

La cartera de la mujer vuelve a vibrar. Primero un teléfono, después el otro y otra vez el primero. Llamadas, mensajes, más llamadas. El tercer cigarrillo y ahora sí. No ha conseguido satisfacción, pero al menos obtuvo el asco.

Un ruido de botella contra el asfalto llama la atención de la mujer, que ahora levanta la cabeza y se enfrenta con una imagen que no sabe si siempre estuvo ahí o es una aparición. En uno de los vértices del triángulo, cruzando la calle, unos chicos toman cerveza. Están juntos pero no parecen amigos. Recogidos en el interés común de la cerveza, se la van pasando con apremio. No la miran, pero la mujer sabe que todo lo hacen para ella. Las voces que golpean el silencio inútilmente, los empujones, los remedos de peleas y el acuerdo callado de atacarla cuando terminen la botella. El cigarrillo se moja entre sus dedos y se achata en el lugar donde la mujer lo sostiene. La cartera se encoge como un animal asustado. Quisiera mirar hacia un lado y hacia otro, ver si alguien es testigo de lo que todavía no ha sucedido, pero ya está marcado en su reloj. La mujer siente el miedo a rasgar las vestiduras del tiempo. De un lado queda ella,

fumando, sentada en un banco individual de cemento, con el codo apoyado en un tablero de ajedrez. Del otro lado se ve morir y no se resigna. Le parece que todavía no es su hora. A menos que fuera rápido y seco. Entonces la muerte podría ser como estar dormida sin pensamientos, sin sueños. Dormir para siempre. Está aturdida, un sonido agudo, como si se hubiera quedado sorda después de un estruendo, le zumba en los oídos. Vos los tratás como si fueran unos niños traviesos y lo que no entendés es que si estos mierdas te ven en la calle te matan. ¿O vos te pensás que porque fuiste buena con ellos te van a perdonar la vida? En medio de ese ruido como de graznido de zopilote, como si fuera el pájaro mismo que vuela detrás de su chillido, las voces de los enemigos, de los incrédulos, de los especuladores, le llegan como piedras. A nadie le importa estar libre de pecado. Tiran la primera, la segunda y también la tercera; todas las piedras que hagan falta hasta lapidar a cualquiera que pretenda hacer algo. Pero en la institución la mujer no tenía miedo. Los veía llegar, así, vestidos con las mismas ropas que llevan ahora, con sus zapatillas vistosas, con sus equipos de gimnasia, a veces con sus gorritas, y esa actitud de valor en la desgracia, y ella no les tenía miedo. Nunca pensaba en qué pasaría en la calle, nunca pensaba en ninguna otra cosa que no fuera estar adentro. Que le dijeran que no eran niños. No, no eran niños ya, pero por qué no devolver algo de infancia a quien nunca jugó a nada. Que le dijeran lo que quisieran, que hablaran hasta saciarse. Acá todos somos niños, porque hay que enfrentarse a este mundo con inocencia, con sorpresa, con candor inclusive. Sólo así podremos salvarnos, ellos y nosotros, de seguir hundiéndonos en el infierno. Pero ahora se acercan. Caminan en

prolija formación, como si fueran a detenerla, a llevársela presa. Sin apuro, con firmeza. Con decisión. Y entonces tiene miedo. El piso de la plaza también es de cemento. Unos pastos se cuelan en las junturas de las baldosas. Verdes, con la vitalidad de estar ahí sin haber sido plantados por nadie. El cigarrillo se parte en dos y quema unos brotes. El silencio de la noche, el pitido en los oídos, las voces de los enemigos, todo se hace añicos con el estallido de la botella en el cordón de la vereda. El cuerpo de la mujer se estremece en un temblor convulso y retenido. La cartera se ahoga entre sus brazos. Se golpea el codo contra la mesa y una corriente de electricidad le llega hasta la cabeza. El cemento gris del piso se vuelve casi blanco por un instante, blanco con hilos dorados. Si al menos dejara de temblar. Si pudiera encontrar a aquella que sabe cómo manejar estas situaciones. Cuántas veces apagó un fuego, hizo ver a los enceguecidos, escuchar a los enajenados, sólo con palabras, sólo con ofrecer su cuerpo sin miedo, convirtiendo el peligro en juegos o aventuras. Pero no puede.

El magro ejército se forma en un triángulo cuyo vértice está detrás de la mujer. Levantate, vieja, si gritás te corto. La mujer siente el frío del vidrio en el cuello. El calor de ese abrazo enemigo. Los otros dos se ríen. Son risas tontas, de adolescentes alcoholizados, de nervios que ya no excitan. La mujer no se mueve. No es decisión ni valentía; su cuerpo ya no le responde. El chico la levanta y con cierta torpeza superan el banco de cemento, la mesa con su tablero de ajedrez, los baldosones grises, los pastos ralos, el domingo de trámites funerarios y judiciales, la noche con el hombre, todas las noches anteriores fallidas o solitarias, los días peregrinos de palabras y semi-

llas, las dudas vocacionales, el acné y la vergüenza frente a los espejos, los zapatitos marrones con medias de lana, las bombachas de goma, los pañales de tela, las leches maternas, la placidez de respirar sin pulmones, el dedo de Dios dividiendo células al infinito, el amor de sus padres en una cama de provincia. Es una muñeca de trapo rellena de estopa. Pesada, sin articulaciones, con las piernas abiertas y la cabeza caída. Tal vez ya esté muerta. Pero no, nada es tan fácil. Si tuviera músculos para resistirse quizás podría evitar el corte en la garganta, la sangre caliente abierta en dos corriendo por el cuello, las babas, el ahogo. Si tuviera poder sobre su mente podría incluso evitar imaginarse la muerte en cada golpe que se da contra las imperfecciones del piso y la brutalidad de su captor. Entre los tres la llevan a empellones, a una velocidad que no tiene sentido. El piso ahora es de barro. Ella va dejando dos surcos con los talones y tiene un pensamiento absurdo: si los chicos fueran bueyes y ella fuera el arado, se podrían sembrar muchas semillas en esos surcos. Pero ellos no son bueyes. Son promesas que no saben qué prometen. Le gustaría no ser indulgente, pero ni aun arrastrada hacia la violencia puede dejar de sentir que si tuvieran la oportunidad, si supieran el daño que hacen, si alguien los hubiera amado, si alguien los amara ahora mismo, si pudieran creer en un futuro, si tuvieran futuro, si ella hubiera hecho suficiente.

No han caminado mucho, apenas unos metros, pero están en otro mundo. Si abriera las piernas en toda su extensión podría tocar las casas que están enfrentadas. Los ruidos se invaden entre sí, las televisiones, las músicas, los gritos, los llantos. Las ventanas están abiertas o son simplemente huecos en unas paredes endebles. Una

señora sostiene un vaso en la mano y mira a la mujer con pena, como se mira a un animal que ha sido aplastado por un camión, por el que ya nada puede hacerse. Otros chicos en un rincón saludan a los captores de la mujer. La extraña comitiva se detiene un momento a intercambiar algunas palabras, palabrotas, risotadas. Nadie dice nada sobre la mujer que está casi ahogada por el abrazo de vidrio. Como si fuera un trabajo, un oficio, una ocupación apenas más interesante que la de vendedor ambulante. ¿Ha caminado tanto la mujer? ¿Cómo pudo haber ignorado este territorio durante tanto tiempo? Algunos olores se juntan con sus ruidos —el aceite con su estallar de burbujas y el olor a frito del pan rallado, las arcadas contra una pared y la fetidez del vómito—, pero otros parecen anticipar lo que todavía no se escucha ni se ve. ¿Qué se quema, dónde está el humo que huele a gomas, a leña, a metal? ¿Dónde están las cloacas que hieden todas al mismo tiempo? ¿Por qué huele sus orines si no escucha el sonido de agua cayendo a medida que avanzan? La cabeza de la mujer ha caído hacia atrás. Su escolta se ha estrechado en torno a ella y apoya su cabeza no sabe dónde. Una luna enorme la sigue impávida. Por favor, que sea sin dolor. O que no viva para recordar la impudicia de esta cobardía.

AGRADECIMIENTOS

Una bomba estalló en el centro de mi escritura. Dejé de creer en casi todo y también en mí. Nada del otro mundo, historias así suceden a diario. La cosa es que una bomba estalló en el centro de mi escritura y esta novela quedó destrozada. Pedacitos de ella fueron a buscar cobijo aquí y allá. Así, algunos pedazos fueron cuentos en *La política del detalle* que la Editorial de la Universidad de la Plata generosamente recogió. Un trocito fue a guarecerse a la antología de cuentos *Estilo libre* que publicó Alfaguara. Facundo Abalo y Victoria Torres fueron los enfermeros solícitos y amorosos de esos pedacitos. Gracias.

Después junté los pedacitos y los volví a convertir en novela. Luciano Páez Souza le hizo una lectura hermosa que le salvó la vida, el poeta Nito Fritz le puso las últimas vendas y Paco Taibo II me dio la oportunidad de que llegara a ser leída. Gracias.

Mis hijos Vito y Vladimir y mi hija Vera me devolvieron a la alegría con esa combinación preciosa de paciencia y de intensidad. Gracias.

Muchas gracias.

La última lectora, de Raquel Robles,
se terminó de imprimir y encuadernar en agosto
de 2020 en Talleres Gráficos de México, Canal del Norte, 80;
06280 Ciudad de México. En su composición, realizada
en el Departamento de Integración Digital del FCE por
Juliana Avendaño López y Guillermo Carmona Vargas,
se utilizaron tipos New Aster LT Std. La edición,
al cuidado de Rubén Hurtado López,
consta de 4 000 ejemplares.

Una mujer sale a la calle. Camina territorios, cruza umbrales que se abren en constelación hacia nuevos umbrales, lleva un libro en su bolsillo, hace marcaciones, lee y relee, en el tren, en el subterráneo, en una plaza en penumbras, en el sillón de su casa. Leer es entender al otro, releer es darle un lugar en la historia olvidada que es la historia de todos.

La última lectora se define a sí misma como una "costurera remendona", intenta construir el libro ideal, el libro universal que se compone de las palabras que cada uno de nosotros pronuncia, lee y reescribe. El texto ideal es finalmente el texto manuscrito, el texto anotado en los márgenes, el que hace un silencio en nuestras vidas, el que la memoria busca para cambiar la historia. El texto ideal narra, siempre, una historia de amor.

Raquel Robles es escritora, periodista y docente especializada en la gestión de instituciones educativas. Es reconocida por su labor como militante de derechos humanos. Fue ganadora del premio Clarín en 2008 por su novela *Perder*. Desde entonces ha publicado *La dieta de las malas noticias, Pequeños combatientes, Papá ha muerto, La política del detalle* y *Hasta que mueras.*

ISBN 978-607-16-6891-2

9 786071 668912

www.fondodeculturaeconomica.com